

JOSU LORENZO GRILLI

The background of the cover is a dark, atmospheric forest scene. Three young women are walking away from the viewer down a path that leads towards a bright, glowing light source at the end of the path. The woman in the center has long, flowing blonde hair and is wearing a dark jacket and jeans. The woman on the left has long red hair and is wearing a light-colored top and jeans. The woman on the right is wearing a light-colored jacket and dark pants. The overall color palette is dominated by dark blues, purples, and greys, with a strong contrast from the bright light at the end of the path.

BAJO
NUESTRA
PIEL

CROSS
BOOKS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

PARTE UNO

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

PARTE DOS

- Capítulo 12
- Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

PARTE TRES

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

PARTE CUATRO

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Sinopsis

Todo cambia para Maiah, Jocelyn y Catherine la noche en la que tienen pesadillas reveladoras. Se guardan el secreto de lo que han visto en sueños, y a partir de ahí todo comenzará a ir mal. ¿Quién es el hombre misterioso que las espía frente a sus casas? ¿Por qué parece vigilarlas? Y sobre todo: ¿por qué empiezan a desaparecer personas de manera inexplicable?

Eran chicas normales, pero ya no lo son.

Su piel esconde un misterio, su pueblo un secreto. No las toques, te arrepentirás.

JOSU LORENZO GRILLI

**BAJO
NUESTRA
PIEL**

*Quiero dedicar este libro a todas las personas
que alguna vez han creído en mí, pero, sobre todo,
a las que nunca lo han hecho*

PARTE UNO

1

Caminar de noche por aquella carretera no era algo habitual. Pocos se atrevían a conducir por la Old Road teniendo la nueva autovía a tan solo unos metros. El aire olía a mojado, se respiraba tranquilidad. Pero ella estaba nerviosa.

Cuando despertó sobre aquel lecho de hojas, no sabía dónde estaba. Fue abrir los ojos y sentirse perdida. Tenía una rama enredada en el pelo y la pierna derecha llena de arañazos. La camiseta estaba manchada de barro. Al cabo de un rato se dio cuenta de que se encontraba en el bosque que separaba Rock Valley del pueblo más cercano al norte. Por suerte, su casa no quedaba lejos de allí.

No tenía el móvil consigo y estaba algo desubicada. Poco a poco, la carretera fue transformándose en una ruta que le era más conocida. Quedaban apenas unos metros para ver las primeras viviendas. Estaría en su cama en cuestión de minutos. Necesitaba dormir, aunque sabía que no iba a poder. Desde luego, no así.

Durante años había evitado esa situación. Ni siquiera sus mejores amigas lo sabían. No hablaba de ello con sus padres; ellos simplemente pagaban el psiquiatra, las pastillas y listo. Pero, en teoría, Jocelyn estaba recuperada. Su último episodio había sido... No, era imposible recordarlo. Había pasado demasiado tiempo.

Sus piernas se movían solas. Su mente estaba demasiado ocupada pensando en los motivos que la habían llevado a estar tan estresada, tan nerviosa como para hacer cosas de las que luego se olvidaría. Recordaba estar en su habitación, tumbada en la cama, viendo una serie en Netflix. Pero luego nada. Ni siquiera tenía un problema con sus padres en aquel momento. No le encontraba una explicación lógica.

Ni a eso ni a la energía negativa que cada vez más a menudo se apoderaba de ella. Malos pensamientos que le hacían comportarse o reaccionar de un modo que no le gustaba nada. Eso la dejaba muy triste, desconcertada.

Llegó a casa. Estaba sola, como casi siempre. No se miró en el espejo de la entrada y pasó de largo por la puerta de su habitación. Se dirigió directa al baño, aunque se detuvo antes de llegar. Algo brillaba, lo había visto con el rabillo del ojo. Un reflejo de luz.

Se volvió hacia la derecha y confirmó su sospecha: su habitación estaba siendo iluminada. La luz provenía de su teléfono móvil, que alumbraba toda la estancia desde el centro de la cama. A esas horas solo podía tratarse de sus amigas.

Lo cogió mientras tragaba saliva. Decenas de mensajes y llamadas. Era Catherine, por lo visto necesitaba su ayuda.

—Joder —dijo Jocelyn molesta. Lanzó con fuerza el móvil sobre la cama.

Le iba a ser imposible estar bien sin que sus amigas dudaran de ella, y tendría que hacer un esfuerzo extra si quería mantener su secreto. Se llevó la mano al pecho para ver si su corazón seguía tan acelerado como antes.

Ahí estaba. Normal, sin sobresaltos. Respiró tranquila y cerró los ojos para acompañar el suspiro. Tan solo quería un momento de calma antes de pasar a buscar a Maiah.

Fue únicamente un segundo, pero estuvo segura de que en la negrura de sus párpados había visto la mirada de un chico. Decidió ignorarlo y darse una ducha. Ese día no estaba para tonterías.

Catherine dejó el móvil sobre su cama y se puso a llorar. La llamada había durado apenas unos minutos, aunque le habían parecido horas. Horas llenas de rabia contenida. Durante ese tiempo, pese a haber estado pegada al teléfono sin hacer nada más que escuchar, la voz del otro lado de la línea no le parecía real. No daba crédito.

Negar que las cosas fueran mal era engañarse a sí misma, porque llevaban sin funcionar un tiempo. Sin embargo, jamás habría hecho algo tan insensible como lo que Nathan le acababa de hacer. Y muchísimo menos a través de una llamada telefónica. ¿Tan poco significaban esos dos años de relación para él? La cosa no se iba a quedar ahí. Catherine estaba dispuesta a demostrarle que podría vivir sin él, ya que era la excusa que él no paraba de ponerle.

—No te he dejado antes porque te imaginaba sola y...
—repitió Catherine, entre lágrimas, burlándose de Nathan
—. ¡Gilipollas!

Estaba muy enfadada con él por haberle dicho frases así. Desde el principio de su relación había tratado de demostrarle a Nathan lo independiente que era, pero también necesitaba demostrárselo a sí misma. Y durante una larga temporada había funcionado. Sus amigas opinaban lo contrario, aunque ahora lo veía todo más claro: se había dejado llevar.

Como era costumbre cuando algo importante ocurría en su vida, no dudó en llamar a sus amigas. En cada una de ellas encontraba un apoyo diferente, se complementaban. Las tres juntas eran una fuerza demoledora, capaz de aca-

bar con cualquier pensamiento negativo. Y lo que necesitaba en ese momento era un buen chute de energía.

Fue incapaz de contactar con Jocelyn, así que dejó en manos de Maiah que las dos estuvieran en su puerta en cuestión de minutos. Al final tardaron más de lo esperado, pues Jocelyn no se encontraba del todo bien.

—¡Voy! —dijo la señora Comelloso en cuanto las amigas de su hija llamaron al timbre.

Abrió la puerta y no pudo reprimir una sonrisa, aunque en sus ojos también había sorpresa. Rápidamente le echó un vistazo a su muñeca, donde portaba un reloj plateado que le quedaba perfecto, para comprobar la hora que era. Su cara de sorpresa se acrecentó aún más.

—Bueno, veo que venís para quedaros —comentó al levantar la cabeza, mirando las manos de Maiah y Jocelyn. Iban cargadas de bolsas del supermercado de la gasolinera, que rebosaban de bebidas, chuches y patatas. También llevaban sus mochilas del instituto a la espalda, pero, en vez de libros, dentro estaban los pijamas.

La madre de Catherine, Sarah Comelloso, era una mujer muy alta. Cuando hablaba con Maiah, esta tenía que mirar hacia arriba. Ninguna de las dos amigas había visto a la señora Comelloso en pijama, pues no solían acudir a esas horas a su casa. Por lo general era Catherine quien salía o quedaban en un punto intermedio, como la casa de Jocelyn, que era donde menos molestaban.

Pese a la sorpresa, Sarah las dejó entrar sin ningún reparo. Abrió más la puerta y extendió el brazo para indicar que podían pasar.

—Limpiaos los zapatos, anda —les dijo a las amigas, mientras señalaba una alfombrilla pegada a la escalera que conducía a la planta de arriba—. Supongo que sigue en su cuarto, lleva toda la tarde allí.

La señora Comelloso se encogió de hombros al decirlo.

—Siento venir a estas horas —se disculpó Jocelyn ante la visible molestia que causaban, pese a que Sarah se empeñase en ocultarlo.

—No os preocupéis, si estáis aquí es porque os necesita. —Sin embargo, su tono no parecía del todo sincero—. Ah, y no os acostéis muy tarde —avisó, al tiempo que se marchaba de vuelta al salón—: mañana empezáis las clases.

Maiah y Jocelyn asintieron y acto seguido subieron la escalera hacia la habitación de Catherine. Para ellas era una situación extraña, pero Cat debía de estar bastante mal para hacerles ir a su casa. La puerta de su habitación estaba cerrada, aunque no necesitaron llamar.

—No te preocupes, cariño —dijo Maiah en cuanto Catherine les abrió la puerta. Iba en pijama, con su pelo recogido en una coleta. La cara hinchada de tanto llorar, pero con determinación en los ojos. No estaba destrozada, para sorpresa de sus amigas.

Se fundieron en un abrazo. Las pesadas bolsas del supermercado golpeaban la espalda de Catherine mientras sus amigas la reconfortaban. Cuando se soltaron, Maiah y Jocelyn dejaron sus pertenencias de cualquier manera en el suelo.

La habitación de Catherine la definía bastante bien. El suelo estaba lleno de recortes, tijeras y una cantidad incontable de hilos de colores. El maniquí donde Catherine probaba los patrones estaba ya destrozado y descansaba en una esquina, esperando ser sustituido por uno en condiciones. Había bocetos de un vestido púrpura por todos lados. Los pósteres que decoraban las paredes llevaban años sin cambiarse, y en general la habitación era un caos. Catherine creía firmemente que el caos la ayudaba en su creatividad.

Se sentaron las tres en la cama doble situada en el centro del cuarto. Jocelyn miró la pantalla iluminada del móvil

de su amiga. Estaba llena de mensajes y llamadas perdidas de Nathan.

—¿No se cansa? —preguntó Jocelyn molesta.

Catherine negó con la cabeza.

—Son de antes, no las he borrado... —replicó con un hilo de voz. Se acercó al iPhone y eliminó todas las notificaciones.

Se sentó pegada a la pared, encima de las almohadas. Miró a sus amigas a los ojos y les agradeció que estuvieran allí. Aún no habían hablado directamente del tema, pero estar con ellas ya era suficiente para animarla.

Jocelyn McKenzie estaba sentada en una esquina de la cama, con la pierna derecha doblada. Su físico cumplía muchos estereotipos. No era especialmente guapa, aunque en conjunto era atractiva. Sabía sacarse partido y, gracias a los genes de su madre, era alta y rubia y, como decía ella, «nacida para ser admirada». El problema era que Jocelyn veía todo aquello como una chorrada, frases que su madre le decía para animarla a cumplir sus sueños frustrados. No le gustaba el papel que en teoría tenía que jugar. Jamás aceptó ser animadora, o salir con los chicos más populares solo por el hecho de serlo. Jocelyn no soportaba la idea de cumplir con lo que se esperaba de ella, le gustaba ser impredecible. A pesar de su empeño en tratar que la gente lo entendiera, cada vez era más complicado. Sobre todo con su madre.

Maiah Benson se había sentado al otro lado, un poco más cerca de Catherine. Era una chica menuda y por lo general pasaba bastante desapercibida, aunque lucía una cabellera pelirroja cuyos rizados destacaban siempre por encima de todo. Tenía la cara llena de pecas, su abuelo decía que eran constelaciones, y cada vez que estaba baja de ánimos recordaba aquellos cuentos que él le contaba todas las noches de verano, en los que era una elegida del universo

para hacer el bien en la Tierra. Ese recuerdo siempre la hacía sonreír como una niña.

—Cuéntanos —pidió Jocelyn, calmada al cabo de unos minutos de silencio.

Catherine aún no se había recuperado del todo. No lloraba, pero sus ojos seguían rojos, cansados. Los restos de las lágrimas brillaban con la luz artificial que provenía del techo y contrastaban con su piel oscura, parecían maquillaje con purpurina. En su interior, se agitaba un torrente de emociones difícil de identificar. Culpabilidad, hastío, fortaleza.

Maiah le cogió la mano para animarla a que se desahogara. Catherine suspiró y cerrando los ojos comenzó a contarles lo que había pasado.

—Nathan me ha llamado hace un rato. No me había hablado en todo el día y de hecho acababa de llegar de Atlanta de visitar a sus primos. Ni siquiera se había molestado en avisarme... Llevo sin saber de él varios días. —Hizo una pausa—. Ya os dije que no estábamos bien, que las cosas este verano se habían enfriado. Y más después de eso... Ya sabéis.

Ambas amigas asintieron, conocedoras de los problemas entre Catherine y Nathan desde hacía meses.

—Pues eso, que no estábamos del todo a gusto y siempre sentía que yo daba más de lo que él estaba dispuesto a darme. Sobre todo los últimos días, que ha estado más distante de lo normal. Y ya sabía que era algo que iba a terminar ocurriendo, así que me fui haciendo a la idea. Además, no estoy tan mal solo por eso.

—¿Por qué lloras entonces? —preguntó Maiah con genuina curiosidad, mientras se recogía el pelo en una coleta. Odiaba ver a sus amigas destrozadas y siempre trataba de reconfortarlas, aunque a veces notaba que metía el dedo en la llaga.

A juzgar por la reacción de su amiga, que suspiró sin más, aquel no era el caso. Maiah respiró tranquila.

—No es el qué, sino el cómo. Me ha dejado por teléfono. Con una llamada. Después de dos años y de toda la mierda que he tenido que tragar... ¿Os lo podéis creer?

Dejó que esa última frase se asentara en sus amigas antes de decir lo que verdaderamente le molestaba de todo el asunto. Para continuar, miró a Jocelyn, al otro lado de la cama. No se había movido. Vio algo raro en sus ojos. Catherine decidió ignorarlo por el momento, aunque se había dado cuenta de cómo el brazo de Jocelyn caía demasiado sobre su pierna derecha. Como si tapara algo. Como si ocultara algo.

—No quiero pensar mal, pero es que... En Atlanta vive Sheila.

Se respiraba cierta amenaza en el ambiente debido a la forma en la que Catherine había pronunciado aquel nombre. Como si fuera venenoso. En cuestión de segundos, focalizó la rabia contenida.

—¿Esa no es su ex? —preguntó Jocelyn.

Catherine asintió con la cabeza.

—Pues eso, no quiero pensar mal —dijo tajante—. Sería lo último ya... Le he perdonado tantas cosas, chicas. Tantas. Esto sería la gota que colma el vaso, lo tengo claro. Si llego a enterarme de que ha pasado algo, lo empotro contra la pared y...

Viendo que se estaba viniendo muy arriba, Maiah apretó la mano de su amiga y le sonrió tratando de calmarla. Catherine se calló al instante y, más tranquila, se reclinó hacia atrás. Al cabo de unos segundos, las tres amigas estaban tumbadas sobre la cama, cómplices una vez más. Catherine cerró los ojos antes de murmurar:

—Gracias por venir.